al largery rebut man at CAPITULO W.

nedeglist at that other general than experts subject despreciadatsi era

peris que presulta la minordidad conseniente à necessaria, exispera

ABANDONO DE TAMPICO

CAMBIO DE LA BASE DE OPERACIONES.

Mientras el gobierno de los Estados-Unidos, despues de la toma de Monterey, aprobaba el plan de campaña del general Scott, que consistia en cambiar la base de operaciones, pasando el teatro de la guerra del Norte al Oriente, el general Santa-Anna que organizaba en San Luis el ejército que condujo á la Angostura, daba órdenes al comandante de la plaza de Tampico para que sin pérdida de momento la abandonase, dejando así al enemigo un punto que éste se aprestaba á tomar á viva fuerza por su importancia para el nuevo plan de sus operaciones succesivas.

El puerto de Tampico de Tamaulipas en la costa de barlovento de este Estado, ha sido siempre considerado como uno de los mejores del Seno, y su importancia, así mercantil como militar, hizo que el gobierno de México lo atendiese de preferencia, poniéndolo en un regular estado de defensa. Su poblacion, situada en la márgen izquierda del Pánuco, á dos leguas de su desembocadura, y cercada de la laguna del Carpintero, forma un punto verdaderamente militar reconocido ya de antemano, y célebre por nuestra defensa contra las tropas españolas en el año de 1829.

Tan luego como los amagos de invasion por parte de los Estados-Unidos fueron ya manifiestos, cuando las tropas de Taylor avanzaban ya sobre el Bravo, el gobierno de México pidió informe al comandante general del estado que guardaba la plaza, Este, que lo era el general D. Anastasio Parrodi, manifestó que las fortificaciones de toda clase habian sido demolidas en el año de 1837, por haberse considerado útiles solo para abrigar y prestar un punto de defensa a los perturbadores del órden público que en ese entonces pululaban allí; y que en consecuencia, los medios de defensa con que se contaba eran ningunos, si se consideraba ademas la falta de tropas. Con este informe, el gobierno, que conocia bien la importancia de la plaza, remitió algunas cantidades, con las que si no se aprestó toda la defensa de que el punto era capaz, sí se puso en estado de haber resistido de una manera quizá ventajosa al enemigo, para quien llegó á ser eminentemente codiciable. Se hicieron marchar, ademas, tropas que se proveyeron de abundantes municiones y de los recursos suficientes; de suerte que á principios de Octubre de 1846, la guarnicion de la plaza de Tampico se componia de mas de 1.000 soldados de los batallones 12.º de línea, Activo de Puebla, Guarda-Costa de Tampico, Compañía Veterana del mismo, una compañía del 6.º, caballería de Tamaulipas, un destacamento de artilleros con veinticinco cañones de todos calibres, de campaña y plaza, y con abundante material de parque; y de la Guardia Nacional, compuesta de cerca de 2.000 ciudadanos llenos de entusiasmo y dispuestos á combatir, como lo probaron suficientemente en el bombardeo de la barra del Puerto que la escuadra bloqueadora habia hecho en Junio del mismo año. Se contaba ademas, con tres buques de guerra, la "Union," "Poblana" y "Queretana," y con otras embarcaciones pequeñas, todas regularmente armadas.

Tal era el estado de las cosas en ese mismo mes de Octubre, cuando el general Parrodi, á quien el gobierno supremo habia dado órden de que se pusiese absolutamente á la disposicion del general Santa-Anna, y de que en todo lo relativo á la campaña obsequiase sus providencias, recibió órden del mismo supremo gobierno de entregar el mando de la plaza al general D. Francisco Garay que habia sido nombrado para reemplazarlo. Este, presente ya á principios del mismo mes en aquel punto, exigia que se le entregase el mando en los mismos momentos en que Parrodi recibia una órden terminante de

Santa-Anna para evacuar aquella plaza y replegarse con las tropas y trenes al pueblo de Tula de Tamaulipas, setenta leguas al interior de Tampico, detras de la Sierra Madre. Esta órden inesperada sorprendió á Parrodi, tanto mas, cuanto que en los esfuerzos que el gobierno habia hecho para poner aquella plaza en estado de defensa, y en la orden misma en que se le comunicaba el nombramiento de Garay para sustituirlo, veia claramente que la intencion del gobierno de México era defender à toda costa aquel punto. Es cierto que él habia ya manifestado otra vez que no estaba tan fuerte como seria de desearse; pero al mismo tiempo habia manifestado y estaba convencido de la necesidad y de la posibilidad de una defensa. La posicion de Parrodi era tanto mas crítica, cuanto que el descontento que se manifestó al saberse la órden de evacuacion fué general: el pueblo todo, los soldados mismos comenzaron á murmurar, y de las murmuraciones se pasó hasta proferir la voz de "traicion," voz que cundió por toda la república, y á la que, si la gente sensata y pensadora no dió oidos, por creer aquella orden efecto mas bien de un mal combinado plan de campaña, se necesita, no obstante, de toda la fuerza de los documentos auténticos para desvanecerla.

Personas notables de la poblacion y algunos consules extranjeros hicieron presente á Parrodi los perjuicios así públicos como particulares que causaria la desocupación, pues al paso que se abandonaba un punto tan importante para la defensa del pais, se causaban daños incalculables al comercio y á la misma hacienda pública, por los derechos que se dejarian de percibir, ya no tanto de los buques que llegasen, pues el bloqueo lo impedia, cuanto de los cuantiosos derechos de internacion de la multitud de efectos que habia almacenados en aquella plaza. El mismo gobernador, Nuñez Ponce, que se hallaba allí de paso, hizo observar á Parrodi el peligro que se corria en abandonar la plaza, y le ofreció recursos para sostenerse; en fin, las cosas llegaron hasta haber asomos de una conspiracion, que tenia por objeto desobedecer la orden de Santa-Anna. En tal conflicto, Parrodi, que se veia no obstante escudado con la órden del gobierno de obedecer á éste en todo lo relativo á la campaña, no encontró otro medio que el de dirigirle un estraordinario violento con una comunicacion, en la que le manifestaba cuantos inconvenientes se le habian hecho pulsar, y cuantos peligros se le habia hecho ver correria la poblacion, así como lo importante de aquella defensa para la causa que

se defendia; pero Santa-Anna indignado de esta resistencia, no hizo mas que repetir sus órdenes, haciendo á Parrodi responsable personalmente de lo que aconteciese en caso de una desobediencia, y aun fijándole el tiempo preciso para la desocupacion. Parrodi entonces, sordo á cuantas observaciones se le hicieron, se decidió á obedecer ciegamente, y el 27 de Octubre abandonó aquella guarnicion á Tampico como en precipitada fuga.

Los preparativos de este abandono ofrecieron el espectáculo mas desconsolador; la precipitacion presidió á todo, y el resultado fué la pérdida de gran parte de lo que existia en municiones y armas en aquella ciudad; pérdida por otra parte casi indispensable, pues que para llevarlo todo se habrian necesitado mas de ochocientas bestias de carga, que era imposible reunir en medio de tanta confusion. Por otra parte, el camino que debia llevar Parrodi era áspero y cerrado, pues el de Tampico á Tula solo puede pasar por carretero hasta la hacienda del Chamal, donde se tiene ya que pasar la cuesta del mismo nombre para llegar á Santa Bárbara, y donde es ya preciso desarmar la artillería para conducir á manos de hombres, tanto el cureñaje como los cañones mismos, pues cinco leguas adelante cruza la Sierra Madre, y se tiene que encumbrar las escarpadas y elevadas cuestas del Contadero y los Gallitos. Así es que en los preparativos de aquella fatal marcha, se comenzó por demoler los puntos artillados de la Barra, lugar situado en la desembocadura del rio: se desmontaron y condujeron á los buques los diez cañones que se hallaban en el Promontorio, punto situado al N. E. de la ciudad en el llano del Espartal, y á la márgen de la laguna del Carpintero, en el cual se habia construido una obra cerrada que enfilaba al rio en su curso al mar, y capaz de contener de trescientos á cuatrocientos defensores. Esta obra no se demolió entonces por la premura del tiempo, pero poco despues fué destruida. Se destruyeron asimismo las obras construidas sobre el pequeño canal que hace comunicar la laguna con el rio, y sus cañones se trasladaron á los buques. Asimismo fué demolida la línea de defensa establecida en una de las dos entradas de tierra, y cuyos estremos se apoyaban en la laguna en los baluartes Landero y Guerrero y en el fortin Libertad. Para la conduccion del parque y trenes solo se consiguieron trescientas mulas; y como era imposible cargar con todo, muchos efectos se trasladaron á bordo, y otros, como vestuario, algun parque y armamento, que en medio de la precipita

cion se juzgaban inútiles, fueron arrojados al agua á la vista del pueblo mismo, que con esto juzgaba confirmada su sospecha de traicion. En estos momentos el comandante general exigió que se le entregasen los fusiles de ejército que tenia la Guardia Nacional; mas como se creia que se hiciera lo mismo que con los otros, hubo gran resistencia, y solo por medio de la fuerza se pudo lograr que se entregasen. Al capitan del puerto D. José Rivera tocó salvar todo lo perteneciente á la capitanía, que al fin se perdió, porque en aquellos momentos era imposible cuidar de los botes, falúas, &c., á las que se habia trasladado todo aquello. Los buques Union, Poblana y Queretana, cargados con todos los útiles que se podian salvar, fueron puestos á disposicion del cirujano D. Francisco Marchante, quien debia conducir todos esos útiles del Pugal á Tamonal, cincuenta leguas rio arriba (por el rio Támesis) y á siete de Villa de Valles, desde donde debian llevarse al pié de la sierra y luego á Tula; mas como aquellos buques no podian navegar sino hasta el pueblo de Pánuco, situado á la margen derecha del rio del mismo nombre, se dió orden para que de allí se trasladasen todos los útiles á canoas, pequeñas embarcaciones que con mas facilidad podian seguir subiendo el rio: los tres buques mencionados debian volver inmediatamente á Tampico, por haber sido vendidos de antemano á un comerciante, único medio de evitar su pérdida. Concluida toda esta destruccion y terminados estos tristes preparativos, el 27 salió de la poblacion la primera seccion de tropas, y el 28 la segunda con el comandante general, el parque y municiones que pudieron cargarse.

Las oficinas de hacienda que no tenian órdenes ningunas del gobierno para este caso, se hallaban en la mayor confusion: el administrador de la aduana, poco despues de la salida de la guarnicion, se marchó con algunos de sus empleados y lo mas interesante de su archivo, al pueblo de Ozuluama, rumbo de México: el administrador de rentas siguió á la division haciéndole el pago de sus haberes, y el de tabacos permaneció en la plaza, habiendo embarcado antes sus existencias. Los mas de los archivos de estas oficinas quedaron abandonados y cayeron luego en poder del enemigo.

Santa-Anna entre tanto, impuesto de las ocurrencias de Tampico, de las resistencias que su mandato habia esperimentado, y temiendo por las observaciones que Parrodi le habia hecho, que este desobedeciese sus ordenes, o que al menos no verificase la desocupacion con la

prontitud que tanto parecia convenir á sus planes, nombró al general D. José Urrea, para que saliendo precipitadamente y á marchas forzadas, fuese á relevar á Parrodi. Urrea salió en efecto, y en una marcha asombrosa de tres dias, encontró el 29 á la guarnicion en el punto de la Laguna de la Puerta, en donde Parrodi le entregó el mando sin la resistencia que poco antes habia opuesto á Garay. La division continuó su marcha por Horcacitas y Santa Bárbara hasta llegar á Tula, adonde entró el 14 de Noviembre, no sin haber esperimentado grandes dificultades para pasar las piezas ligeras que conducia, por las cuestas del Chamal, Contadero y Gallitos. No habia sido tan feliz Marchante, quien estaba detenido en Pánuco, sin los recursos suficientes, sin tropa, y sin encontrar las pequeñas embarcaciones de que tenia necesidad para poder llevar adelante los interesantes objetos que se le habian encomendado.

Al principio indicamos lo importante que Tampico habia llegado á ser para el enemigo, segun su nuevo plan de operaciones, y cómo estaba ya casi decidido á apoderarse de él á viva fuerza. Esto lo hacia estar en constante observacion, y con este objeto sus bergantines de guerra cruzaban frecuentemente la barra. Uno de estos, impuesto de lo que habia pasado en la plaza y despues de haber observado perfectamente todo, dió vela en el acto hácia donde se encontraba el comandante de la escuadra bloqueadora de Veracruz, llevándole la agradable noticia del abandono de Tampico. Indecible debió de ser el gozo que éste recibió con ella, pues sin sacrificio ninguno de su parte eran ya dueños de un punto que tanto codiciaban. Se aprestaron inmediatamente fuerzas, y el 10 de Noviembre desembarcaron en Tampico de 400 á 500 americanos á tomar pacifica posesion de la llave de la capital de la República Mexicana, que nuestra impericia, sin duda, les abandonaba. El ayuntamiento se presentó ante el gefe americano pidiendo garantías para la poblacion; pero éste, en medio de la embriaguez de una victoria tan fácil, concedió unas y negó las mas. Nombró en el acto un gobernador militar, y exigió que se le entregasen los archivos, edificios públicos y armas de todas cla? ses, para lo cual ordenó una formal requisicion; en una palabra, la omnipotencia de la conquista se hizo sentir bien pronto, pues no rasó mucho tiempo sin que el gese americano desconociese á aquel ayuntamiento que casi le habia rendido homenaje, sujetando en un todo á la poblacion al esclusivo dominio militar americano.

Con horror correriamos un velo sobre el nombre de uno que otro infame que en Tampico se coligó con el enemigo, si su traicion no hubiera dado lugar á nuevos conflictos. Un llamado Cervantes impuso al gefe americano del punto en que se encontraban detenidos nuestros trenes, y de la facilidad que habia de apoderarse de ellos. Sabedor de ello el gefe americano, dispuso que cien hombres subieran el rio en lanchas cañoneras á dar alcance á Marchante, quien habria sido sorprendido, si el Sr. Cos, administrador de tabacos, que se habia quedado en la plaza, no hubiera dado aviso á éste por medio de un estraordinario violento. Marchante se hallaba todavia sin recursos y sin medios de conduccion, por lo que al saber esta noticia fué grande su conflicto. No obstante, haciendo esfuerzos inauditos logró procurarse algunas pequeñas embarcaciones, á las que inmediatamente traslado lo que pudieron contener. Mas aquellas no bastaban para todo; así es que se vió precisado á abandonar diez cañones de á 24 y 18, y á arrojar al agua grandes barricas de pólvora, municiones y algun armamento. Inmediatamente abandonó aquel punto, al que á poco llegaron los americanos en su busca. Recogieron los cañones y cuantos efectos encontraron abandonados; y pensando sin duda en seguir tras de Marchante, pidieron informes al alcalde del pueblo, quien logró desanimarlos ponderándoles la distancia inmensa á que en aquellos momentos debia hallarse Marchante. Contentos, pues, con los despojos que habian hallado, regresaron á Tampico, en donde Cervantes insto de nuevo al general americano para que no abandonase la empresa, manifestándole que la pequeña espedicion habia sido engañada, y que Marchante debia encontrarse á poca distancia. Animado de nuevo, el gefe americano arregla otra espedicion mas formal; ordena que se armen dos vapores, tripulados cada uno con cien hombres, los cuales salieron sin dilacion á dar alcance á la flotilla de canoas que conducia Marchante; mas la casualidad hizo que aun esta vez su empresa quedase sin ningun exito, no obstante las dificultades que Marchante tenia, pues la poca gente que llevaba se le desertaba por la falta de recursos. Luchando con todas estas dificultades, y solo dirigiéndose al patriotismo y humanidad de cuantos encontraba, pudo hallar quien le ayudase a llegar hasta el Pugal, mientras que los vapores enemigos, detenidos en su curso por causas naturales, solo alcanzaron á llegar al Tamonal, siete leguas mas allá del lugar antes mencionado. Despues de esto, ese mismo Cervantes denunció al gefe americano

como falsamente vendidos los tres buques *Union*, *Poblana* y *Quereta-*na, con lo que bastó para que éste se apoderase de ellos, enarbolando inmediatamente el pabellon de las estrellas.

Mientras el enemigo se empeñaba en hacer una buena presa de todos los materiales confiados á Marchante, el general Urrea, que estrañaba va la tardanza de éste, dió órden y puso á disposicion del capitan D. José Antonio Diaz setecientos pesos para que trasladándose á cualquiera lugar en que aquel se encontrase, activara la conduccion de los importantes objetos que se le habian confiado. El citado Diaz, bien remiso en su comision, se contentó con trasladarse á Villa de Valles, en donde sin hacer grandes diligencias ni pesquisas, aguardaba tranquilo la llegada de Marchante. Instruido entre tanto Urrea de cuanto le habia acaecido por cartas de Tampico, vió el peligro mucho mas inminente de lo que hasta allí se lo habia imaginado, y pensando ya solo en reparar el mal que se habia hecho en abandonar á Marchante, cuando se le encargaba de una comision de tanta importancia, ordenó que el comandante D. José Barreiro saliese inmediatamente con una seccion de 200 hombres de infantería y un piquete de caballería, á proteger el desembarque de nuestros trenes. El 28 de Noviembre salió en efecto Barreiro de Tula con instrucciones para dirigirse al punto en que se encontraba Marchante, proteger el desembarque, activar la conduccion de los trenes, y residenciar, en caso de necesidad, á todos los oficiales que hubiesen tenido parte en producir la demora que habia dado lugar á tanto peligro. Llegado á Valles, Barreiro reunió á su pequeña division mas de setecientos hombres de la Guardia Nacional y labradores de las cercanías, con lo que pudo destacar fuerzas en todas direcciones, y él se dirigió inmediatamente al Pugal, situado á la márgen del rio, en donde se encontraba ya Marchante. El enemigo, que como antes dijimos, habia llegado en sus vapores hasta el Tamonal, instruido allí de la respetable fuerza que habia acudido en auxilio de Marchante, no quiso aventurarse á un éxito desgraciado en su espedicion, por lo que despues de haber pillado las pequeñas poblaciones y rancherías de aquellos contornos, regresó á Tampico. Una vez en el Pugal, Barreiro activó el desembarque, hecho el cual (1.º de Diciembre) se aprestó todo para la conduccion de trenes y materiales á Tula. Esto ofreció mil dificultades por la aspereza de un camino por donde jamas habia transitado artillería; mas el trabajo y la paciencia lograron vencerlo todo, y pasando los cañones á manos de hombres y los demas materiales en acémilas, lograron al fin salvarse aquellos restos del material, que sin la órden de Santa-Anna habria servido para la defensa de la plaza de Tampico. Todas estas ocurrencias habian llegado ya á noticias de aquel, quien hizo graves inculpaciones á Urrea, mandándole que sin pérdida de momento mandase al general D. Joaquin Morlet, coronel del Regimiento de Puebla, para que salvase aquellos trenes. Morlet salió en efecto, mas en Valles se encontró ya el convoy caminando en buen órden. El mismo Urrea, impaciente de la tenacidad de las exhortaciones de Santa-Anna, salió á su encuentro, y el 25 de Diciembre entró el convoy á Tula conducido por Barreiro, á quien sin duda se debió su salvacion.

Entre tanto, Taylor, que con sus fuerzas destacadas hasta el Saltillo parecia amagar á S. Luis, al saber la desocupacion de Tampico, é impuesto del nuevo plan de operaciones, para cuya ejecucion les abria la puerta el abandono de Tampico, se mueve inmediatamente de aquellos puntos y á la cabeza de una division de 3.000 hombres se dirige á éste. Al saber este movimiento, Santa-Anna cree que va á ser atacado por el flanco derecho de sus posiciones, por cuyo motivo cree de imperiosa necesidad reforzar el punto de Tula de Tamaulipas. Mandó en efecto á ella al general Valencia, con una brigada compuesta de las fuerzas que mencionamos en nuestro artículo anterior; mas Valencia no llevaba ordenes sino de estarse a la defensiva, para lo cual debia emprender inmediatamente la fortificacion de Tula, objeto con el que sin duda se dió órden tambien de marchar á aquel punto al general D. Ignacio Mora y Villamil, cen una seccion de ingenieros. A la sola vista de Tula, fué reconocida inmediatamente su fatal posicion para punto de defensa. Rodeado por todos lados de alturas que completamente lo dominan, su guarnicion habria sucumbido sin defensa, en caso de que el enemigo hubiera intentado su ataque, y esto, cuando en la misma línea, en el flanco derecho que se trataba de defender, habia otras brillantes posiciones capaces de vigorosisima defensa, y cuya importancia se desconocia, por sistema ó por ignorancia. Algunas observaciones se hicieron al general Santa-Anna, haciéndole ver lo falso de aquella posicion; mas como su contestacion de estarse á lo mandado era terminante, nadie pensó ya sino en obedecer.

Entre tanto, la division de Taylor llegaba à Victoria, treinta le-

guas distante de Tula. De allí Taylor se regresa á Monterey, y aquella fuerza queda á las órdenes del general Patterson. Valencia, ocioso en Tula, y sin esperanza de encontrar al enemigo, porque era seguro que jamas entraria en el plan de éste atravesar esas alturas, y deseoso de no dejarle pasar impune á tan corta distancia, propuso al general Santa-Anna un plan sencillo, segun el cual el mismo Valencia deberia dirigirse à Ciudad Victoria sobre el enemigo, casi seguro de un triunfo, á la cabeza de las fuerzas que se encontraban reunidas en Tula. Santa-Anna contesta que se esté á lo mandado, y se mantenga puramente á la defensiva; mas Valencia, que veia perderse una brillante oportunidad, insistió en su demanda, haciendo ver de nuevo á Santa-Anna las probabilidades de un buen éxito en aquella espedicion. Todavia deseoso únicamente Valencia de ofender al enemigo, limitaba en último caso su demanda á que se le autorizase para moverse con algunas guerrillas, y haber perjudicado así á aquel, aun cuando hubiera sido solamente en sus trenes y equipajes. Mas Santa-Anna, irritado con esta nueva demanda, da, mas que una contestacion, una reprimenda á Valencia, tratándolo de insubordinado y quitándole el mando de aquellas fuerzas, para el que nombró al general D. Ciriaco Vazquez, temeroso sin duda de que Valencia, arrebatado por su violencia y por la noble ambicion de adquirir el primer triunfo sobre el enemigo, desobedeciese sus órdenes y marchase á arrebatarle esta gloria, bien que el pretesto aparente era que con semejante insubordinacion se destruiria el plan combinado por el general en gefe del ejército de San Luis. Valencia fué, pues, separado del mando y desterrado á Guanajuato; y así (por torpeza sin duda) se allanaban al enemigo todos los caminos para que en Tampico hiciese la concentracion de las fuerzas que luego debian bombardear á Veracruz.

Hemos concluido la exacta relacion de los hechos, fáltanos hacer algunas observaciones, sin las cuales quedaria incompleto este artículo. Estas observaciones se deducen de la naturaleza de esos mismos hechos; así es que, sin faltar á la imparcialidad histórica, podemos deducir las consecuencias lógicas de antecedentes bien notorios, sin que esto sea formar ningun juicio anticipado, pues estamos seguros de que las mismas reflexiones vendrán naturalmente á cuantos se impongan de esos acontecimientos. La defensa de la plaza de Tampico se habia creido necesaria por el gobierno de la República, por

cuyo motivo se repusieron sus fortificaciones y se reforzó su guarnicion. Las razones de esto son bien claras, porque en caso de que el enemigo cambiase la base de sus operaciones y pasase el teatro de la guerra, como luego lo hizo al oriente, Tampico debia ser naturalmente uno de los puntos mas codiciados, no porque lo considerasen la puerta del interior del pais, sino como el punto indispensable de apoyo para el buen exito de sus operaciones por Veracruz. Tampico debia ser el centro comun de sus fuerzas; sin Tampico, toda la escuadra del Golfo hubiera carecido de víveres de refresco, y sin un punto, en fin, adonde trasladar sus enfermos, y reparar sus destrozos y averías. Es cierto que cuando la guerra comenzaba por el Norte, y aun no habia amagos formales por Veracruz, no obstante la presencia de la escuadra bloqueadora, la importancia de Tampico seria, si se quiere menor; pero ¿cómo era posible ver las cosas bajo el mismo aspecto despues, cuando una vez tomado Monterey, las miras del gobierno de los Estados-Unidos cambiaron absolutamente? La importancia del Norte disminuyó entonces, al paso que la del Oriente aumentaba de dia en dia; y si en el Norte veiamos un cuerpo de ejército que nos amenazaba hasta San Luis, en esto no vemos nosotros sino la astucia de los Estados-Unidos, que con aquello ocupaba nuestra atencion, mientras que en realidad efectuaba un cambio que debimos haber observado para haber evitado las funestas consecuencias que nos trajo. Considerando las cosas bajo este aspecto, la batalla de la Angostura no fué para nosotros sino la pérdida de la capital; y así habria sido, aun cuando un verdadero triunfo hubiera sido el resultado de aquella lucha. La importancia de esa accion para los americanos fué grande, y habria sido grande, cualquiera que hubiera sido su éxito; y ¿por qué? porque habian logrado atraernos á uno de los estremos de la línea que segun su nuevo plan debia ser atacada.

Cuando, pues, se verificaba ese cambio, Tampico adquiria toda la importancia que antes dijimos. Era interes del enemigo apoderarse de él, como ya lo habia intentado desde Junio al bombardear la barra. Mas si todavia estaba decidido á tomarlo á viva fuerza, ¿cómo es, pues, que en esos momentos el general en gefe de nuestro ejército ordena la desocupacion de esa plaza, afectando ignorar ó despreciar las miras del enemigo? Las razones que á esto dieron lugar las ignoramos enteramente: y ¿qué podria alegarse? ¿Que la plaza no era bastante fuerte para resistir á los americanos? Esta habria sido

razon para que en lo absoluto hubiéramos combatido con ellos, pues bien claro se vió su preponderancia desde un principio sobre nosotros; y si no esta razon, ¿qué otra, por poderosa que fuese, hubiera aconsejado esta medida? La prensa de esos dias escandalizada, como la nacion toda, hizo casi las mismas reflexiones, y ¿qué se contestó á todo? Nada, sino que así convenia á las miras, al plan del general en gefe. ¿Qué plan habia, pues, adoptado éste, que el mismo sentido comun lo desconocia? A torpeza ó á traicion se atribuian en esos dias estos sucesos, y nosotros, que jamas hemos creido en la última, lo atribuimos todavía á la primera. La vista de nuestro general en gefe, fija en la línea del Norte, no alcanzaba á ver lo que pasaba en el Oriente, y no se percibia siquiera del importante cambio que se verificaba en todo.

Ahora, ¿cómo desconocer que el mismo espíritu que presidió á la desocupacion de Tampico, fué el que sugirió la fortificacion de Tula de Tamaulipas, punto ridículo de defensa: primero, porque no era defensable; y segundo, porque el enemigo, que todo lo hacia con conocimiento de causa, jamas pensó en internarse por aquellas ásperas montañas? Y no hay duda que á esto mismo se debió la repulsa que sufrió Valencia, cuando propuso su plan para atacar al enemigo en su marcha á Tampico por Ciudad–Victoria. En todo se afectaba obrar conforme á un plan; y en efecto, no hay duda en que cuanto hemos referido, estaba arreglado á un sistema, pero á un sistema torpe y lleno de desaciertos.

La conducta del general Parrodi no es en nuestro concepto vituperable sino en el modo de verificar la desocupacion. Con ménos precipitacion se habrian conseguido mejores resultados, y no habriamos tenido allí tanta pérdida de objetos bien útiles por cierto. Parrodi en lo que toca á la órden de desocupacion, hizo cuanto debia, que fué representar á Santa-Anna los grandes inconvenientes que habia: el general en gefe insistió; á Parrodi no le tocaba sino obedecer, pues la responsabilidad en ese caso viene sobre quien lo ordena con la autoridad suficiente. Mas Parrodi no tuvo la calma suficiente para ordenar su marcha, y de aquí resultó el desórden de Tampico y el abandono de nuestros trenes y demas útiles en poder de Marchante, sin recurso y sin gente, por lo que se vieron espuestos á tanto peligro.

Parrodi fué llamado luego á San Luis, en donde se le sujetó á un juicio por el mismo que le habia ordenado el abandono de Tampico. ¿No era esto desconocer los principios mas triviales de justicia, ó mejor dicho, no era burlar el buen juicio nacional? ¿Ni cómo podria esperarse que Parrodi saliera condenado y reprobada su conducta, cuando esto habria sido condenar y reprobar la conducta de Santa-Anna? Así es que Parrodi fué exonerado de todo cargo por la desocupacion de Tampico, lo que hasta cierto punto era justo, porque el verdadero culpable no era él ciertamente. La division de Tula marchó, por último, á incorporarse con el ejército de San Luis, cuando éste emprendió su marcha para la Angostura.

Tal es la verdad de las cosas en uno de los acontecimientos mas notables de la última campaña, y de que resultan cargos muy graves al director de ella. Nosotros aguardamos que el tiempo aclare lo que hasta aquí está bien oscuro, para que en la historia de estos memorables hechos toque á cada uno lo que es suyo.



chreat y signants, por la quo eo vieron especaciós é canto pelas

CAPITULO VI.

SALIDA DEL EJERCITO DE SAN LUIS

BATALLA DE LA ANGOSTURA.

El general Santa-Anna, despues de una permanencia de mas de tres meses en San Luis, determinó salir en busca del enemigo, que habia avanzado hasta Aguanueva. Con el objeto de llevar adelante esta resolucion, espidió las órdenes oportunas: en la ciudad se notó al punto el movimiento y la agitacion consiguientes á la salida del ejército: se organizó todo para la marcha, y las tropas comenzaron á emprenderla, deseosas de combatir de nuevo con los invasores.

La infantería y la artillería no habian salido hasta entónces de San Luis; pero la caballería estaba fuera desde ántes, dividida en cuatro brigadas, escalonadas del modo siguiente: una, á las órdenes del general Torrejon, se encontraba en Bocas: otra, del general Juvera, estaba en el Venado: la tercera, de que era gefe el general Andrade, habia permanecido algun tiempo en el Cedral, avanzando luego hasta la Encarnacion; y la cuarta, que mandaba el general Miñon, despues de haber sorprendido en la misma Encarnacion un destacamento de mas de cien americanos, que cayeron prisioneros, fué á situarse en la hacienda del Potosí.